

ocultar á sus honradas miradas las tristezas de su vida y de los que le rodeaban. En vano las damas de Versalles trataron de distraer un instante de sus deberes al discípulo de Fenelon. Apenas obtuvieron de él una sonrisa, y en seguida volvió á sus estudios y á la contemplación de los negocios humanos, en los que estaba llamado á representar un gran papel.

Como era preciso que mostrase su valor en la guerra, hizo la campaña de Flandes con el mariscal de Boufflers, que se admiró de su intrepidez sin ostentación. En breve fué el

ídolo de los soldados. Era demasiado perfecto para aquel siglo y para aquella corte.

Sus grandes virtudes concluyeron por perjudicarle: hubiera sido mejor servido por sus vicios. Como era un obstáculo á aquellas ambiciones sin freno; á aquellos gastos locos, á aquel lujo insensato que se tragaba los últimos recursos de la Francia, se encontró con que se había hecho enemigo á todo el mundo, y que cada cual era un obstáculo. Entonces se encerró mas que nunca en su conciencia feliz, con el voto íntimo de los tres amigos de su vida, Fe-



La duquesa Adelaide de Saboya.

nelon, Mr. Chevreuse y Mr. de Beauvilliers. Si los ambiciosos le abandonaban atraía á su genio, á su virtud, las gentes mas honradas, y Dios sabe, cuando se hallaban reunidos, que proyectos para el porvenir, que esperanzas para la felicidad de los pueblos, que reformas, y digamos lo mejor, que sería útil de sabias resoluciones había en aquellas fecundas cabezas.

Decía en plena corte de Versalles, que un rey estaba hecho para su pueblo y no el pueblo para su rey.

SEGUNDA SERIE. —1866.

Descontento Luis XIV de la severidad con que Fenelon educaba á su augusto nieto, lo nombró obispo de Cambray, cargo que era un honroso destierro, pues lo alejaba así de la corte y del lado de su querido discípulo.

El duque de Borgoña se casó con la princesa de Saboya, hija de Victor Amadeo II, duque de Saboya, príncipe del Piemonte, y este matrimonio fué precedido de un tratado de paz entre la Francia y la Saboya, y fué la señal en Italia, y sobre todo en Francia, de grandes funciones. Luis XIV des-

AÑO XXIV. 8



plegó una sorprendente magnificencia en estas bodas, nombró una espléndida comitiva que saliese á recibir á su futura nieta al puente de Beauvoisin, en la raya de Saboya.

Jamás princesa alguna vino mejor instruida y supo aprovecharse con mas talento de las instrucciones de su padre.

En breve se hizo querer no sólo de su esposo el duque de Borgoña, sino del mismo Luis XIV y hasta de Mad. de Maintenon, que dominaba al anciano monarca hasta el punto de haberle hecho dar su mano.

La duquesa de Borgoña atraía á sí cuanto noble y grande habia en Francia. El estado se hallaba en el principio de su decadencia. Ardía la guerra en los Países-Bajos y el enemigo estaba casi en las fronteras de la Francia.

El duque de Borgoña marchó como verdadero hijo de Francia á la guerra, y al pasar por Cambray, hizo llamar al gran arzobispo de Cambray, Fenelon, el desterrado de la corte por haber escrito el *Telemaco*, y aquel grande hombre se habia despedido sin quejarse de aquella corte, que ilustraba su talento, de París, que le adoraba como un sábio, de aquel encantado mundo de la antigua Grecia, cuyas palabras y acento habia sabido encontrar. Así en su destierro se mostró superior á su fortuna y verdaderamente digno de su propio genio.

En vano el rey Luis XIV quiso oponerse á aquel encuentro del discípulo y del maestro. Hay voluntades imposibles, y así es que en el portal de una posada fuera de la ciudad se abrazaron con lágrimas de alegría, y cada cual al contemplar desde lejos á aquellos dos hombres felices el uno por el otro, fueron los cómplices y fautores de aquella ilustre desobediencia.

Nada estaba dispuesto en la posada para el almuerzo del duque de Borgoña, y así es que tuvo que aguardar una hora larga.

Después del almuerzo faltaron los caballos y hubo otro retraso de dos horas.

Al fin fué preciso separarse.

—¡Adios, hijo mio!

—¡Adios, padre mio!

El príncipe al santo prelado le mostraba el cielo con la mano; el arzobispo á su discípulo le mostraba la Francia, que los dos hubieran salvado si el cielo lo hubiera permitido.

Inmediatamente que el duque de Borgoña se reunió con el ejército, encontró allí con los obstáculos que en toda su vida á despecho de su valor se colocaron entre él y su gloria. Debía mandar, pero los generales colocados bajo sus órdenes no debían obedecer. La responsabilidad de la derrota pesaba toda sobre él, y otro debía de llevarse la fama de la victoria. Empero no podían impedirle que en medio del fuego fuese un verdadero caballero sin miedo y sin tacha. Fué soldado, no pudiendo ser un gran capitán.

Atendiendo á estas batallas de todos los días, que hacían tantos moribundos y tantos muertos á las puertas mismas de su ciudad episcopal, el ilustre arzobispo abría su capilla y su palacio á todos los heridos sin distinción de patria ni de bandera. Prodigaba á aquellos infelices todos los recursos de que podía disponer su fortuna y todo el dinero que podía tomar prestado. Reconociendo tantas bondades hasta los mismos enemigos, decían que el espíritu y el alma del duque de Borgoña y de Fenelon, su maestro, eran verdaderamente un mismo espíritu.

Por eso cuando volvió á Versalles, llamado por una orden imprevista, encontró hasta en el rey mismo una grande

frialdad. Cada una de sus palabras era comentada; se trataban de quimeras sus mas juiciosos consejos. Los cortesanos lo encontraban demasiado austero, y las damas se fastidiaban de verle únicamente ocupado de su jóven esposa.

Al fin como una espada que obedece es menos temible para los poderes que van decayendo que la inteligencia que aconseja y que prevée, fué el príncipe enviado al Rhin para sitiarse á Brisack.

Esta vez recibió tambien el ejército con grandes aplausos al jóven capitán. Oficiales y soldados se felicitaban de verle tan valiente. No perdonaba ni fatigas ni riesgos para su vida. Se estaba seguro de hallarlo siempre en lo mas recio de la pelea. Tomó á Brisack.

Esta vez inquieto el rey, ó digámoslo mejor, celoso de aquella gloria naciente, quiso volver á ver al duque de Borgoña á la celosa sombra de su trono.

Obedeció á su pesar, pensando que no estaba todavía terminada la guerra.

En aquel momento la Francia era presa de la miseria. En medio de París afligido por el hambre, la voz impotente de Massillon recomendaba la limosna con voz severa y demasiado poco escuchada.

Felizmente el príncipe oyó las quejas de aquel pueblo en su desesperación. Vendió sus diamantes, sus muebles, sus carruajes; vendió los diamantes de su madre; renunció al juego, á la comedia como verdadero príncipe, como verdadero padre que toma parte en la ruina y la desolación universal. Los pueblos le bendecían, los cortesanos le llamaban un faccioso. Los cortesanos se decían entre sí con un asombro mezclado de espanto:

—¿A dónde vamos á parar?

Sin embargo, era difícil á despecho de tantas malas voluntades detener en la corte al jóven capitán mientras el ejército se batía en la frontera por el honor de la Francia, y el duque de Borgoña quiso volver á marchar á Flandes, lleno todavía de sus gloriosos recuerdos.

Marchó un viernes y día 13. En vano el rey, que era mas supersticioso de lo que convenia al señor absoluto de una nación tan grande, quiso retardar, al menos por veinte y cuatro horas, la marcha de su nieto. Decía Luis XIV que su abuelo Luis XIII habia muerto en *viernes*, que Enrique IV, el orgullo de su raza, habia sido asesinado en *viernes*.

El duque de Borgoña no hizo caso y marchó alegremiente. Cambray le llamaba.

Allí encontró otra vez, siempre por casualidad, al prelado su segundo padre, y esta vez fué mucho menor el disimulo. Comieron juntos, se hablaron francamente con el corazón abierto, escuchando el príncipe con respeto á aquel gran político, del que hubiera hecho su primer ministro si hubiera tenido el honor de subir al trono de Francia.

¡Ay! ¡Era la última vez que debían de encontrarse en la tierra!

De Cambray marchó el duque de Borgoña á Valenciennes, donde le aguardaba un ejército brillante y deseoso de batirse. El duque de Borgoña declaró que queria batirse como soldado, y para comenzar tomó á la ciudad de Gante. Si el duque de Borgoña hubiese sido el general en jefe presto se hubiera terminado la campaña; pero el general Vendome era muy negligente, y solo se queria batir á sus horas, y deseaba los consejos del duque de Borgoña, que queria llevar con vigor la guerra.

—Señor, le contestaba el general olvidando que hablaba



al heredero de la corona, sabed que estáis aquí para obedecer.

A esta insolente respuesta, que indignó á todo el ejército, calló lleno de moderación el discípulo de Fenelon, aquel hombre tan irritable que nadie se atrevía á contradecir en su juventud. Tanto le habían cambiado las lecciones del santo prelado.

Vendome de su negligencia y de sus descabros culpaba al duque de Borgoña, y aun le acusaba de poco dócil y respetuoso para con él.

Logró al fin, apoyado por las intrigas de la corte, que fuese llamado á ella este desgraciado príncipe antes de terminarse la campaña.

Volvió á París y deshizo victoriosamente las calumnias de sus enemigos, probando sin réplica que de haberse seguido sus inspiraciones la Francia hubiera triunfado de todos sus enemigos.

La nación entera le aplaudió como un sabio y como un héroe á la vez. El rey, para reparar su injusticia, prometió á su valiente nieto darle á dirigir un ejército, del que le nombraría general en jefe.

Iba á llegar en tanto la hora en que el duque de Borgoña debía llamarse Delfín y sentarse en la primera grada del trono. En este momento penetraba la muerte en el palacio de Versalles para no salir de él. El porvenir de la Francia y de aquel reinado iba á desaparecer. Había en aquel tiempo un mal imprevisito sin remedio, una espada de Damocles pendiente incesantemente sobre la cabeza de los súbditos y de los reyes: la viruela, puesto que es preciso llamarla por su nombre. En aquel tiempo era una peste implacable y sin apelación. Acometía de repente en medio de aquellas prosperidades fabulosas: arrebatada sin piedad las personas mas jóvenes, mas hermosas, mas ricas, á los poderosos, á los felices de este mundo. Un día en Meudon, al día siguiente de la fiesta de Pascua, encontró el Delfín á un sacerdote que llevaba el Viático.

—¿Para que enfermo?

—Para un infeliz que se muere de viruelas, Monseñor.

El Delfín carecía de todo valor, no sabía tranquilizar su alma y contemplar cara á cara el peligro. Al nombre solo de aquel horrible mal, palideció y volvió á entrar en su palacio triste y todo pensativo. El primer día todo fué bien: al siguiente por la mañana el príncipe fué atacado. ¡Oh miseria! la soledad y el silencio rodearon aquel lecho de muerte. Unicamente el rey y el duque de Borgoña acuden en ayuda y socorro del Delfín que se muere. Quedaron así los tres en amarse, en decirse y en hablar de Dios y de la eternidad, mientras que fuera los buenos ciudadanos, súbditos fieles, los previsores se decían en voz baja, que la Francia no tenía ya mas esperanza que el reinado del discípulo de Fenelon.

El Delfín murió en menos de ocho días, no siendo llorado mas que por su padre y sus dos hijos, y sentido por sus criados.

El nuevo Delfín fué ya desde entonces la última esperanza de aquella monarquía de luto, que había dado ya los primeros pasos hácia el abismo por una senda llena de funerales.

Esta vez al fin, el porvenir se desplegaba espléndido á los ojos del nuevo Delfín de Francia. Era reconocido por el mismo rey como uno de los jefes de la futura sociedad. Tenía su entrada en el consejo donde ya podía desplegar las grandes ideas que le había enseñado el *Telémaco*.

¡Ay! vana esperanza, todos los dolores que hasta entonces

había sufrido no eran nada con los pesares que aguardaban al Delfín. Su mas grande dolor fué la enfermedad y muy pronto la muerte de aquella amable duquesa de Borgoña, frágil y encantador ornamento de aquel Versalles, presa de todos estos pesares.

Actividad, valor, talento grande, amor á su marido, nada había mas joven ni mas vivo! era la alegría, el consuelo del rey á quien hacia sonreír en su ancianidad. El Delfín nada hallaba de mas querido que su esposa: fué herido en la persona de su querida Delfina, y esta muerte es todavía hoy uno de esos misterios que la historia no sabrá explicar.

La corte se hallaba en Marly, en una rigurosa estación. Había un viento frío, una nube sombría y en su salón el rey y madama de Maintenon muy tristes, buscando, pero en vano, la acostumbrada sonrisa de la joven Delfina: esta no tenía ya sonrisa: había perdido su joven y fresca alegría: sucumbía bajo el peso de un mal invisible. Entró en su aposento para no volver á salir de él sino en el féretro.

En seguida se comprendió que estaba perdida. Un sueño letárgico se apoderó durante tres días y tres noches de aquella hija del cielo italiano. Se moría sin proferir una queja. A sus lados estaban el Delfín inmóvil en su desesperación; el rey al otro lado y madama de Maintenon á sus piés, ¡Qué de lágrimas, qué de oraciones dirigidas al cielo inexorable! Apenas tenía veinte y dos años, exhaló su último suspiro exhortada por Bossuet, su primer capellán, con la mano agarrada á la mano de su marido á quien tanto había amado. El rey sollozaba llamándole su hija, su querida Delfina. Perdía al perderla toda su alegría y su última felicidad.

Damos su retrato á nuestros lectores. Su belleza era poco regular, empero, estaba mezclada con una gracia irresistible y brillaba en ella grande majestad. Nada mas dulce que su sonrisa, nada mas imponente que su mirada.

Esta imprevista muerte aplanó al Delfín y le dejó sin fuerzas. Fué preciso arrancarle por su antiguo ayo de aquellos funerales. En vano, el rey sumergido en su dolor pedía ver á su nieto. Fué preciso llamarle muchas veces. Permanecía herido de aquel rayo, y cuando al fin se volvieron á ver en los brazos el uno del otro, el rey le abrazó con gritos y lágrimas permaneciendo silencioso y sin llorar el Delfín. Ya aquel amable rostro tan sereno y tan tranquilo había palidecido bajo la mano de la muerte que se acercaba, y aquella misma noche de esta última visita á su abuelo, se metió en cama para no levantarse jamás.

Era cosa concluida: él también iba á morir. Anunció él mismo á sus amigos que lo rodeaban su firme esperanza de reunirse antes de poco con su querida esposa. Murió en medio de intolerables dolores despues de una lenta agonía pronunciando el nombre de todos sus amigos sobre la tierra: Fenelon, Chevreuse, Beauvilliers.

La muerte de este príncipe, completo amor y esperanza de su nación, fué acompañada, lo mismo en las cabañas que en los palacios, de un llanto general. El que de todos vertió lágrimas mas amargas y crueles fué el arzobispo de Cambray, Fenelon, digno maestro de semejante discípulo. Jamás se consoló de aquella pérdida irreparable. Había fundado sobre el genio y las virtudes de su augusto educando una esperanza suprema, y ahora que le faltaba su querido discípulo ya no tenía Fenelon mas que morir.

Le siguió al sepulcro en el instante mismo en que desaparecía en una nube el sol de Luis XIV.

Tres Delfines murieron en menos de un año, y en veint



y cuatro horas el padre y la madre y el hijo mayor, y el duque de Anjou (Luis XV), ya hijo único, sucedió en el título y gerarquía de Delfín.

Nada mas triste y mas doloroso que el final del siglo XVII para la Francia, en su aurora triunfante y radiante con todas las pompas de la poesía, de la gloria y de la majes-



Fenelon, arzobispo de Cambray.

tad real se apaga oscuramente entre el sepulcro de un anciano y la cuna de un niño.

EL C. DE F.

## LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CALDETAS,

ó

## EL FALSO PRÍNCIPE DE GERONA.

Toda historia tiene algo de novela.  
Toda novela tiene algo de historia.

(Continuacion).

V.

Grande fué la consternacion que reinó en el palacio de Gerona cuando se esparció la noticia de la catástrofe que en la noche antes habia ocurrido en el valle de Sagurias y en las orillas del rio Ter.

Lloraban amargamente el conde y la condesa la muerte de Alberto, su querido hijo primogénito, y en vano en su dolor trataban de inquirir algunos detalles de tan triste suceso, que el fiel y leal Olesa les habia referido; empero

como éste nada habia presenciado por haberle dejado el príncipe á alguna distancia, solo pudo contar lo que habia podido oír á alguno de los bandidos heridos, á saber: que habian sido pagados largamente para cometer aquel crimen; mas la mano que habia dado el dinero permanecía escondida en la mas profunda oscuridad.

Enrique, que la noche antes habia pasado para todos como enfermo, se levantó de la cama al saber la noticia de la muerte de Alberto, y pálido, alteradas sus facciones y en desórden sus vestidos, se presentó al conde de Gerona, solicitando salir inmediatamente en busca de los asesinos.

Tan bien fingido era su dolor y tanto el extremo de la afliccion que mostraba, que costó gran trabajo al conde de Gerona el detenerle, y persuadirle que en aquellos momentos no debia de privarle de su último apoyo y separar de su desconsolada madre el único hijo que la quedaba.

El conde de Gerona, para apoderarse de los asesinos de su hijo, mandó que Enrique publicase la promesa de quinientos escudos de oro al que descubriese á los matadores. Su inmenso dolor habia quebrantado los resortes de su alma, y los deberes demasiado pesados que le imponia la soberania, hicieron que, apoyado en el brazo de su hijo Enrique, se retirase á ocuparse de ellos, para volver despues mas libre á mezclar sus lágrimas con las de la inconsolable Sibila.

Quedó ésta sola con el fiel Olesa, lamentándose de su inmensa desgracia, de la pérdida de su hijo querido, de la angustia que le causaba la incertidumbre, la suerte que



habría cabido á la hermosa Blanca, de la que nadie daba la menor noticia.

Una mujer del pueblo se hizo poco despues anunciar á la condesa, cuando su imaginacion se hallaba preocupada en estos lúgubres pensamientos, manifestando que era portadora de algunas alhajas que habian pertenecido á la jóven princesa de Puigcerdá.

Hizola Sibila inmediatamente entrar, y Olesa, que se hallaba presente, reconoció al instante en ella á la dueña de la cabaña en donde habian pasado la última noche.

Juana, recibida con bondad por la condesa, la refirió cuanto habia presenciado en su cabaña, invadida por los raptos aventureros; puso en sus manos el brazalete y el collar que la jóven Blanca se habia quitado cuando se echó en su lecho para descansar, y que los raptos, atentos solo á apoderarse de su persona, habian dejado abandonados sobre una mesa.

Cogió llorando aquellas alhajas la condesa, besándolas tiernamente, cual prendas que habian pertenecido á la que muy pronto pensaba dar el nombre de hija, y á la que creía no volver á ver mas.

Llamó la condesa Sibila á su marido para que tuviese el consuelo, en su triste dolor, de hablar con aquella mujer que la noche antes se habia hallado en el teatro del crimen que le habia privado de un hijo tan querido.

—¿Quién sois, buena mujer? la dijo el conde con triste afabilidad.

—Una pobre viuda, retirada en casa de su hermano, antiguo marino, y pescador en el rio Ter.

—¿Vuestro nombre?

—Juana.

—¿Juana? y al mismo tiempo examinó el conde aquellas facciones, cual si un recuerdo antiguo, lejano, hubiese de pronto venido á cruzar por su mente.

—Si no me engaño, no siempre has habitado en esa cabaña.

—No, señor.

—¿Tú tenias una venta ó posada sobre la frontera del condado de Gerona?

—Seguramente.

—Y tu marido ¿se llamaba Pedro?

—Es muchísima verdad.

La condesa al oír esto redobló su atencion, tomando parte con la mayor ansiedad en las interesantes respuestas de aquella mujer.

—Entonces, continuó diciendo el conde mirándola fijamente, cual si quisiera leer en el fondo de su corazón, ¿fué á tí á quien hace veinte y seis años se confió un niño?

Juana se estremeció á aquel recuerdo, y contestó:

—Efectivamente, se me confió un niño.

—¿Que has criado y educado?

—Educado..... sí, contestó tartamudeando y confusa la mujer.

—¿Y que un día vino su padre á recoger?

—¿Su padre? ¿Quién? ¿Molinet-Sarriá?

—Mírame bien..... ¿no me reconoces? dijo el conde aproximándose mas á Juana, que, ocultándose el rostro con ambas manos, exclamó:

—¡Cielos, era el conde de Gerona!

—No habiamos olvidado, la dijo la condesa, cuanto habeis hecho, os hemos buscado para recompensaros, pero no hemos podido encontrarlos.

Tremula, confusa y presa de una fuerte emocion se encontraba Juana, al considerar que aquel niño..... que su

marido habia devuelto al conde, seria un principe.... el heredero, tal vez, de aquel condado.

Preguntó á la condesa si el desgraciado jóven, asesinado aquella noche tan cerca de ella, era el que le habian devuelto; y al saber que Enrique, el niño que ella habia criado, era el único hijo que quedaba á los condes de Gerona, conoció toda la enormidad de la mentira, que habia colocado en aquella familia de principes un extraño y oscuro niño, y su alma pura y noble se aprestó á destruir el crimen.

Llamaron los condes á Enrique, que habia estado ocupado en la expedicion del edicto que ponía á precio la cabeza de los asesinos de Alberto, y al presentarle á Juana para ver si la reconocia, acusado por el grito de su conciencia retrocedió espantado al ver en ella á la mujer á quien la noche antes habia hablado en la cabaña del Ter, aunque cubierto el rostro con un antifaz.

Solo tranquilizó su ánimo, Enrique, cuando los condes de Gerona le esplicaron que aquella mujer le habia criado en su infancia, que era su segunda madre, y le dejaron solo con ella para que pudiese dar expansion á su amor maternal, y al mismo tiempo adquirir algunas noticias mas sobre el asesinato del desgraciado Alberto.

Al quedar solos, al contemplar la insistencia con que Juana le examinaba, mirándole de alto abajo, volvió á temer Enrique y sospechar si aquella mujer podia descubrirle con tan obstinado exámen. Al fin determinóse á preguntarla:

—¿De qué procede, nodriza mia, el asombro que os causa mi vista?

—Busco en vuestras facciones, Enrique, las del niño que he criado; me sorprende la dulzura que encuentro en ellas.

—Siempre soy vuestro hijo, mi buena Juana, y jamás olvidaré el amor y el cuidado que os debí en mi infancia; pero ¿por qué apartais de mí los ojos?

—Porque á mí pesar, al veros, me asalta un recuerdo, una imájen siniestra.

—¿Cuál?

—¡Ah Enrique! aquella muerte.....

—¿Una muerte! dijo aterrado Enrique.

—La de vuestro hermano.

—¡Desgraciada! ¿qué tienes valor de decir? ¿Qué sabes tú?

¿Qué te atreves á sospechar? gritó fuera de sí Enrique.

—Lo que he visto, contestó Juana con tranquilidad.

—¿Tú me has visto? Ten cuidado con lo que dices: ¿tú me

has visto? ¿Cuándo? ¿cómo?

—Cuando eras un niño.

—¡Ah! dijo Enrique respirando libremente, pero asombrado aun.

—Ignorando todo el alcance del mal, pero poseido de un fatal instinto... hace esto veinte años, precipitaste en un abismo á aquel otro Enriquito, un niño que yo criaba contigo... ¿a ves que no es extraño que no te haya abrazado.

Enrique, que habia estado á punto de descubrirse á si mismo, se tranquilizó y volvió á tomar su rostro aquel aire dulce y afable con que tan bien sabia ocultar sus maldades. Juana conversó con él un rato, y al verle tan humano, tan bueno y tan digno de la noble familia en que se hallaba, no pudo menos de exclamar:

—¡Bendito sea Dios! el crimen de mi marido, despues de haberte hablado, me parece menos grande de lo que habia creído.

—¿Un crimen? ¿Qué crimen? dijo Enrique volviéndose á sobresaltar.



Juana, procurando reprimirse, trató de atenuar el efecto de su exclamación diciendo:

—El haber dudado de ti, el haber desconocido tus bellos sentimientos, y lo nada que valen para ti las grandezas humanas, que tanto deslumbran y que cuestan la paz y la tranquilidad de la conciencia. Dime, Enrique, si hubieses nacido en una posición oscura y miserable.....

—Bendeciría mi suerte.

—¿Y no echarias de menos ninguno de los honores que te rodean?

—Ninguno, y el cielo me es testigo.

—¿De cuánto peso alivias mi corazón! exclamó Juana con entusiasmo! Hace veinte años que oprime mi alma, pero de hoy mas lo llevaremos entre los dos. Cuando yo te haya dicho la verdad, obrarás según te inspire tu conciencia. No tendré que arrepentirme de haber aprobado la mentira de mi marido, y tal vez esta confesión servirá para el descanso de su alma.

Alarmado Enrique, temblaba no sabiendo que nueva contrariedad venía á levantarse entre él y su fortuna con la misteriosa revelación que iba á hacerle aquella mujer.

Esta, después de haber mirado recelosa en torno suyo, y cual si temiese que alguien pudiese escucharle, le dijo en voz muy baja:

—Cesa, Enrique, de llorar al príncipe Alberto como hermano tuyo.

—¿Pues quién es? contestó aterrado Enrique.

—Era su hermano el niño que tú precipitaste en el abismo, y cuando vino á reclamarlo Molinet-Sarriá, que nos lo había entregado, mi marido te dió á ti en cambio suyo.

—¿Habré oído mal? contestó asombrado Enrique; ¿pues quién soy yo?

—El hijo de un aventurero cuya mujer murió en mi casa.

—¡Mientes! ¡es imposible! gritó fuera de sí Enrique.

—No miento, lo juro por Dios.

—¿Quién eres tú? continuó diciendo en el mas alto grado de exasperación Enrique; ¿quién eres, mujer infame, que vienes de no sé dónde, para decirme friamente: baja del trono, príncipe de casualidad, porque no eres mas que el hijo de un vagabundo? Verdaderamente estás loca.

Aterrada Juana quiso huir de su presencia; pero Enrique la cogió fuertemente del brazo para impedir su marcha. En sus alteradas facciones, en su ojo amenazador vió Juana aparecer de nuevo las aviesas inclinaciones del niño que tantas pesadumbres le había dado en su infancia.

Conoció Enrique que á nada podía conducir su furor, y apelando á su habitual disimulo fingió volver en sí, y dijo á Juana afectando la mayor dulzura:

—Esta revelación en el momento en que mi alma se halla en el mas vivo dolor me ha sacado fuera de mí, al verme privado de pronto de un padre y de una madre muy queridos... al ver rotos tan bruscamente estos vínculos tan caros, y que creía formados por la sangre... y hallarme huérfano, ¡solo en el mundo! Sacudimiento terrible capaz de alterar la razón mas fuerte. Si el cielo se ha valido de vos, Juana, para imponerme este castigo, dadme al menos tiempo para habituarme á él.

Y al mismo tiempo se dejó caer abatido sobre un sillón. Al cabo de un rato, aparentando recobrar algún tanto su ánimo, le dijo:

—Yo os perdono, Juana... no tengo mas madre que á vos... ¡pobre mujer! ¿Habeis tenido valor de guardar durante veinte años este secreto?

—Sí, os lo juro.

Levantóse de su sillón Enrique, y aproximándose á Juana le dijo:

—¿Conque dos personas solo conocían ese secreto?

—Sí, mi marido y yo.

—¿Y hoy?

—Hoy, tampoco mas que dos. Tú y yo.

Enrique pensó desde luego que había una de más, y al punto concibió un malvado proyecto.

—Ahora que todo lo sabeis, Enrique, consultad á vuestra conciencia.

—Desde luego obraría si solo se tratase de mí; pero necesito preparar á esa pobre madre, que acaba de perder á su hijo primogénito, y que ha reconcentrado en mí todo su cariño; á ese padre, á ese príncipe que ve en mí su único heredero..... Hasta entonces ¿me prometeis el secreto, mi buena madre?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Lo juro por la salvación de mi alma.

Gran priesa tenía desde entonces Enrique para que Juana saliese del palacio y se retirase á su cabaña, en donde él se proponía sepultar con su muerte el terrible secreto de que era poseedora. Además, temía que de un momento á otro pudiese recordar por su estatura, por la inflexión de su voz, que él era el hombre que la había hablado en la noche del asesinato de Alberto, aunque cubierto el rostro con un antifaz.

Juana volvió á su cabaña colmada de afectuosas muestras del reconocimiento de Enrique, que fingió perfectamente separarse de ella con grande pesar, y persuadiéndose así hábilmente á los condes de Gerona que insistían mucho porque se quedase á vivir en su palacio.

Enrique, alarmado con el descubrimiento que había hecho al tocar casi en el apogeo del poder, se hallaba con un pie en el abismo y otro sobre el trono. Aquel secreto terrible solo lo sabía una mujer, y dejaba marchar á aquella mujer. Si hubiese estado él solo en el palacio, de seguro no hubiera salido de él.

Cuando se hallaba ocupado en los medios que debía de emplear para evitar la revelación de su secreto, entró un escudero anunciándole que un pobre hombre que se recomendaba á su bondad trataba de verle á toda costa. En aquellos momentos cualquiera visita de sus agentes podía ser muy importante á Enrique, y creyó que el que deseaba verle fuese uno de aquellos.

Echó mano á su escarcela para sacar una moneda de oro y despedir al que le buscaba, si acaso lo que pretendía era un socorro. No halló su escarcela, y conoció sin duda que debió de haberla perdido en la noche anterior durante su misteriosa expedición al valle de Sagurias.

Buscó una moneda en otra parte, mandó al escudero la diese al que por él preguntaba y que le dijese que se marchase.

Este hombre, que se había atrevido á entrar detrás del escudero al oírse despedir de aquella manera:

—No me marchó, dijo á Enrique, porque teneis que oírme.

Estremeciéndose Enrique al reconocer en aquel hombre al bandido con quien había hablado con el antifaz quitado la noche antes en las orillas del Ter. Hizo un ademán con la mano el escudero para que se retirase, y se quedó solo con Pedro.

—¿Quién eres? ¿qué quieres?

—Ese mozo os ha engañado si os ha dicho que yo venía á pedir una limosna; vengo á reclamar una deuda.



—¿Una deuda?

—He oído pregonar á son de trompeta en la ciudad que el conde Berenguer ofrece quinientos escudos de oro al que denuncie al autor del asesinato de su hijo primogénito, porque parece que fué el príncipe Alberto el que fué muerto la última noche....

—¡Mi pobre hermano!.... ¿Y qué?

—Que vengo á buscar la recompensa.

—¿Cómo! ¿conoces tú al matador?

—¡Vaya si le conozco!.... ¡pardiez, vos sois!

Levantóse de pronto Enrique, y dirigiéndose á Pedro con terrible acento, le dijo:

—¡Yo, miserable!... te atreves....

—No hay que enfadarse, contestó con mucha calma Pedro. Las caretas y disfraces podrán engañar á otros, pero no á Pedro, que no es ningún novicio. Os lo dije; que á mí no me gusta andarme por las ramas, que yo me dirijo al tronco, y que no trabajo nunca sin saber por cuenta de quién trabajo.

—Tan odiosa suposición....

—Vereis como no es una suposición. Hay en el traje del hombre una prenda, en la que sin saber por qué siempre se clava mi vista: la escarcela. Vos la habeis abierto aquella noche para pagarme mi salario sin regatear anticipadamente y como un verdadero gran señor. Reparé que era de terciopelo y de seda, y dije para mis adentros: apuesto á que en su interior habrá alguna cifra bordada en oro, tal vez algunas armas.... y por curiosidad, solo por curiosidad os la escamoteé.

Y sacando la escarcela de su bolsillo se la enseñó diciéndole:

—Miradla, una H y una B. Enrique Berenguer y la corona de conde... os devuelvo... el dinero, al que no he tocado... no soy un ladrón.

—Muy bien... le dijo Enrique; ¿pero tú no sabes que yo soy aquí el amo?

—No tanto como creéis, dijo Pedro echando mano á una daga que llevaba debajo de su justillo.

—¿Pretenderías denunciarte á tí mismo nombrando al que has vendido tu brazo? le dijo Enrique en voz muy baja.

—A fé mia, contestó Pedro, que ya estoy cansado de esta vida y oficio, y si es preciso que temprano ó tarde suba á la horca, me alegraría subir á ella en buena compañía.

—Tú no me hablas seriamente. Algo quieres de mí.

—Ya lo he dicho, quiero la recompensa prometida al delator. Me parece que la he ganado bien. ¿No os he nombrado al verdadero culpable? Estoy seguro que dirigiéndome al conde de vuestro padre....

—Ganada ó no, tendrás esa cantidad... le interrumpió vivamente Enrique.

Pedro le hizo una profunda reverencia, y Enrique continuó diciéndole:

—Me gusta tu audacia, y pues que no eres amigo de misterios y és preciso hablarte á rostro descubierto, tengo que reclamar de tí otro servicio.

—¡Diablo! sois, señor, un buen parroquiano.

—Tú mismo vas á fijar la recompensa.

—¡Vaya! deberá ser un personaje muy importante

—Es una mujer.

—¿Una mujer? dijo con asombro Pedro.

—Dueña de un peligroso secreto.

—Gracias, guardad vuestro dinero, yo no mato mujeres; además, os lo he dicho, comienzo á cansarme de este oficio. Un fraile, medio me ha convertido, y estoy resuelto á

de tenerme en mi mala carrera... en todo caso no la había de continuar con una mujer.

—¿No sabes, infeliz, que esa mujer es un testigo amenazador, y que ha venido hace poco aquí para denunciar el asesinato; que lo ha visto todo aquella noche en la cabaña del valle de Sagurias y que ha reconocido á algunos de los asesinos?

—¡Diablo!

—Ha hablado conmigo, y por hoy he conseguido su silencio; pero podrá hablar mañana si la dejamos vivir.

—Eso ya es muy diferente, pues va en ello la salvación de todos.

—¿Conque aceptas?

—Por mil ducados, ¿será mucho?

—¡Sean los mil ducados!

—Entonces trato cerrado; pero es el último.

—Encontrarás la mujer en la cabaña del valle de Sagurias.

—¿Y los ducados?

—Mañana los cobrarás. Creo que no desconfiarás de mí.

—No... por la sencilla razón de que tengo los medios de hacerlos pagar.

Marchóse Pedro, y Enrique quedó muy resuelto á librar-se del bandido, cuando éste le hubiese servido en el último terrible encargo que acababa de hacerle.

## VII.

En la noche en que se había cometido el crimen en la cabaña de Juana, hemos visto que su hermano Luis había ido á pescar y tender sus redes á la opuesta orilla del Ter. Hallábase allí con un muchacho que le ayudaba, aguardando un buen lance, y hacia mas de dos horas que nada habían recogido é iban ya á renunciar á su trabajo, cuando de repente oyeron un gran golpe en el agua. Creyeron si sería alguna bandada de peces grandes que habían entrado en la red, y se dirigieron al sitio en donde el peso arrastraba las redes, y vieron un hombre... tiraron de la red y se encontraron con un cuerpo humano ensangrentado, y que no daba señales de vida. Amarraron la barca y trasladaron el cuerpo á la cercana cabaña de un ermitaño que pasaba por el curandero ó médico de la comarca. Reconoció el ermitaño, y vió que aun palpitaba su corazón. Le pareció que la herida hubiera sido mortal si el frío del agua no hubiera contenido su sangre. Diez días permaneció en la cabaña del ermitaño el herido entre la vida y la muerte. Al cabo de ellos pudo ya hablar y contar los terribles sucesos de que había sido víctima; empero todavía muy débil no se atrevió á ponerse en camino, deteniéndole además la consideración de la impresión que debía causarle á su padre y á su madre que le habían llorado por muerto, su milagrosa salvación, y así se propuso trasladarse á la cabaña del barquero, para acabar de restablecerse y escribir una carta á su buen hermano Enrique para que con las precauciones debidas lo participase á sus padres.

Juana conocía cuán inútil y aun espuesto era el que Enrique supiese que Alberto se había salvado, y así trató de hacer que Alberto se restableciese en secreto prolongando algunos días mas su estancia en la cabaña.

En uno de estos días se apareció al anochecer un hombre envuelto en una ancha capa, y cubierta la cara con un gran sombrero de fieltro, el que reconociendo cuidadosamente los alrededores, se dirigía á la cabaña del barquero. Aquel hombre era Pedro, el que se sentía débil para



aquella expedicion, porque aun cuando él no habia herido al hombre que algunos dias antes habian asesinado allí, habia ayudado á arrojar su cadáver al agua. Ahora la idea de levantar el puñal sobre una infeliz mujer, á la que nunca habia visto, le turbaba hasta tal punto, que si no se hubiese gastado anticipadamente una parte de la cantidad, por la que se habia comprometido, hubiera sido capaz de renunciar á ella. Creia que era ya demasiado tarde, y se proponia que una vez rico, como contaba serlo con los ducados de aquel último negocio, reformaría su vida, se retiraría á buen vivir, buscaría á su pobre Juana, si vivía todavía, y pasaría con ella su existencia, si bien ocultándola el origen de su fortuna, con la que fundaría en el inmediato convento de frailes franciscos algunos aniversarios de misas por el descanso de las victimas de todos los malvados que habian empleado su puñal.

Proponíase que aquel fuese su último crimen. Con esta resolucion iba á entrar en la cabaña, cuando vió que una mujer salía de ella. Echó mano á su puñal, empero no queriendo cometer una equivocacion, trató de cerciorarse de si realmente era la que debía matar.

Se propuso hablarla, pero sin mirarla á la cara, porque temia le turbase su vista y paralizase la accion de su brazo.

Volviendo la cabeza la preguntó si era la dueña de aquella cabaña.

Con su respuesta afirmativa iba ya á levantar el brazo para herirla, cuando del interior de la cabaña oyó una voz que llamaba á la mujer diciendo:

—Juana! Juana!

Contúvose de repente Pedro como herido de un rayo, y la preguntó:

—¿Juana!... ¿llaman á Juana? ¿Quién es Juana?

—Yo.

—¿Vos? dijo Pedro volviendo la cabeza y retrocediendo espantado. ¡Misericordia divina! pues acababa de ver á su mujer.

Juana reconoció aquella voz... aquellas facciones, y Pedro, dejando caer de las manos su puñal y cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó con acento desgarrador:

—¡Desgraciado de mí! ¡Era ella!

—¿Tú! ¿eres tú?... ¿después de diez años, y al volvernos á encontrar te apartas de mí?... ¿Por qué pareces asombrado.... avergonzado?... ¿No era á mí á la que buscabas aquí?

—No.... contestó vivamente Pedro, yo lo ignoraba, la casualidad me ha arrastrado á aquí; mi compañera, mi buena Juana, á quien tan malos dias he dado.

—Espígate; ahora no está aquí mi hermano y puedes hablar.... ¿debo alegrarme ó avergonzarme de tu venida? ¿De dónde vienes?

—Te lo diré, respondió Pedro con acento sombrío; ¡del infierno!

Estremeciéndose Juana al oír estas palabras, pero apresuróse Pedro á tranquilizarla.

—No temas nada, estoy cambiado.... muy cambiado.... tú no puedes comprenderme.... al mirarte, mi pobre mujer.... tengo muchas ganas de abrazarte.... pero no.... no lo merezco.... entretanto, no me separaré ni un punto de tu lado y contra todos te protegeré; sí, lo juro por el cielo y por este puñal; y recogió del suelo el que poco antes se le habia caído de la mano.

Blandiéndolo con la espresion del mas alto furor, gritó:

—¡Ahora, que vengan cuantos quieran contra tí!

Juana le hizo entender que ella no necesitaba de la proteccion y amparo de nadie, porque ninguno trataba de per-

seguirla, pero que lo aceptaba para un huésped que tenia en su casa, y que tal vez necesitaria de su brazo.

Al entrar en la cabaña vió Pedro á aquel huésped, y se quedó petrificado, con los ojos clavados en él y los brazos extendidos, creyendo tener en su presencia un fantasma, y que los muertos, abandonando sus sudarios, volvian del otro mundo. Tenia en su presencia al jóven que, hacia diez dias, traspasado el pecho á puñaladas habia arrojado al agua, y al que habia salvado como hemos visto el hermano de Juana, pescándolo en sus redes.

Pedro se arrojó á los piés de su victima implorando su perdon, y confesando que, aun cuando él no le habia herido, habia sido pagado como los demás para asesinarle.

—¿Te habian pagado mi muerte? le dijo Alberto, ¿luego tú conoces al autor de tan criminal trama?

—Ya se vé que lo conozco.... y vos tambien.

—¿Quién es?... Habla.

—¡Por Cristo! que es el hijo segundo de vuestro padre; se llama el principe Enrique.

—¡Mi hermano! ¡mientes, miserable! exclamó indignado Alberto.

—Pedro puede ser un miserable tal vez, contestó con firmeza, pero, Pedro, señor, no miente.

—Entonces te has podido engañar.

—Al principio sí, con su antifaz, pero luego le he visto cara á cara en su palacio.

—¡Es imposible! yo no puedo persuadirme de que un hermano busque asesinos contra su hermano. No tengo tan triste idea de la humanidad.

—Gracias al cielo, no es un hermano vuestro el que ha cometido tan odioso crimen, dijo Juana.

Entonces ésta contó á Alberto el misterio del nacimiento de Enrique, y su cambio por el verdadero hijo de los condes de Girona, precipitado por él cuando era niño en un abismo. Dijo que habia guardado todavia este secreto porque no tenia valor al ver las lágrimas y el dolor de los condes de Girona por la muerte de Alberto, de arrancarles su última ilusion, privándoles tambien del que reputaban por su segundo hijo.

Alberto propuso marchar inmediatamente á Girona, resolucion que Pedro le hizo ver era arriesgada y peligrosa, porque antes de llegar á ver á su padre podria caer en las manos de Enrique, que por el estado de abatimiento en que se hallaba Berenguer, era el verdadero conde de Girona. Trabajo costaba á Alberto el fiarse de Pedro, pero éste se le mostró muy arrepentido, y además declaró que, á la vista de Juana, á quien habia ido allí á matar por orden de Enrique, se habia transformado su corazon.

—Sí, añadió, ¡pobre mujer mia! por orden de ese monstruo que has criado, debía yo matarte, para ocultar contigo en el sepulcro el secreto de su nacimiento. Pero ahora yo procuraré espiar á fuerza de servicios, los crímenes que he cometido.

Oyeron ruido de un grupo de hombres fuera de la cabaña, y Alberto se sobresaltó, creyendo que podrian venir en busca suya; pero Pedro le tranquilizó, diciéndole que no podia ser á él á quien buscasen, puesto que todos lo consideraban muerto, y si debía de ser á él, para ver si habia ejecutado el encargo de quitar la vida á Juana, cuya existencia era una viva y perpétua amenaza contra Enrique.

No se habia equivocado Pedro, que salió despues de haber hecho ocultarse á Alberto en la cabaña á reconocer á tres embozados, siendo el uno Testadura, á quien saludó amistosamente.